

ablandar su rebeldia, le dexarõ, y se desaparecio hasta el presente dia: esto sucede cada dia en estas partes con los Indios bõzales, que en ellas moran, y aunque entre ellos es un error muy craso, pero se estiende este diabolico abuso à los Indios catholicos, y muy ladinos.

Sucedime, predicando la Quaresma en el Real del Fresnillo, que vino à la casa, donde yo posaba, un Indio muy capaz, en busca mia, para que le confessara à la tarde en su Parrochia, dixele con amor, que le confessaria de buena gana: y me parecio en las muestras que daba de arrepentimiento, que estaba muy radicado en la Fe, y que solicitaba de veras la salvacion de su alma; à los dos dias, despues de averle confessado, con gran secreto, y de noche me buscò, y me diò un costalito de piedras, diciendome, que no tenia otra cosa, con que mostrarse agradecido al beneficio, que le avia hecho, que me daba aquellas piedras, para que adquiriera un poco de chocolate con la plata, que sacasse de ellas, y me suplicò, que no dixera, quien me las avia dado, porque de saberse, le avia

de negar con todo empeño. Preguntèle, si tenian buena ley aquellas piedras, y me asegurò, que no baxaban de veinte marcos por quintal, como lo veia: persuadite, que juridicamente denunciara la mina en su cabeza, que yo le buscara, y solicitaria para su avio à D. Christoval de Aregui, hombre muy acomodado, y de quien todos sabian, que era el Padre de los Pobres del Fresnillo, à que me respondió el Indio: Padre, no te canfes en persuadirme, conozco à esse Cavallero, y es, y ha sido el aylo en mis necesidades, y de manifestarla, no la descubriera à otro alguno; pero tègo por evidente, que luego que la descubra, he de morir, y toda mi parentela, y assi no permitas, que me suceda tan grande daño: instèle con las razones, que pude, à que la descubriessè, persuadièdole, detestase su error, y no privara al Rey, y à los pobres de aquel thesoro, que para amparo de muchos queria Dios se descubriessè por su mano, no me valio mi persuasiva, y assi se quedò sin descubrir la mina, y depuse el buen concepto, que avia formado de mi Indio: benefici-

beneficiòme las piedras D. Christoval, sin decir yo de donde eran, y de dos arrobas me sacò doce marcos de plata, quedando admirado de la riqueza, y aunque hablè en otras ocasiones al Indio en la materia, no pude conseguir, que descubriera aquel rico mineral de plata, alegando siempre para su resistencia la muerte suya, y de sus parientes, que daba por asentada.

CAPITULO X.

Dase razò de las sublevaciones, hostilidades, y guerras de los Indios barbaros de la Provincia.

POR la mesma razon, que el Propheta Jeremias se lamenta en sus tristes Threnos de las aflicciones, que le congojan, ocasionadas de la sublevacion de su enemigo, podian los pobres Religiosos de esta combatida Provincia lamentar las desgracias, aflicciones, y trabajos, que continuamente padecen en las repetidas sublevaciones, que han hecho los Indios domesticos, y barbaros, que moran en nuestros Cõ-

mentos, y Pueblos, y los que habitan en las Sierras. Y si huviera de referir por extenso los alzamientos, hostilidades, robos, y tyranias, que padecen muchos lugares de esta Provincia por la barbaridad de los Indios enemigos, fuera necesario un gran libro, lleno de lastimas, y tragedias, que cada dia se experimentan, y ha muchos años, que padecen nuestros pobres Religiosos; pero me contentarè con hacer una leve insinuacion de algunos de sus alzamientos, y guerras, assi por escriptos de Religiosos, que se han hallado entre sus horrorosos insultos, como por clarissimas noticias, que participan cada dia los Ministros, que estan gimiendo debajo del infeliz yugo de sus atrocidades.

El mayor alzamiento, ò sublevacion, que se ha padecido de los Indios barbaros de esta Provincia, fue, el que hizo una dilatadissima nacion, nombrada TEPEGUANA, la qual en su morada se estiende desde la Sierra del Mezquital hasta el Parral, en que habitaba toda la Sierra multitud de Indios en Pueblos muy bien formados hasta adelante de Topia, y muy

cerca de Caponeta, y como era la nacion mas numerosa, y sus Indios mas astutos, y menos ruficos, que los de otras naciones, dio muchissimo cuidado, y costò mucha suma de la Real Hacienda, el apagar tan desmedido fuego, y tan horrorosas hostilidades.

El principio de esta sublevacion fue el año de mil, seiscientos, diez, y seis, y sin duda fue originada del Demonio, que, envidioso de ver la Evangelica Ley tan estendida, abrazada con amor de los Tepeguanes, pues fueron de los primeros, que convirtieron los Religiosos de esta Provincia, puso todo su conato en apartarla del seguro Rebaño de la Iglesia, en que tenia dulce acogida. Estaban los Indios Tepeguanes bien asistentes à la Doctrina Christiana, en quietud, paz, y veneracion à sus Ministros, y observancia de los Catholicos preceptos, y quando nuestros Religiosos se hallaban mas contentos, y en tan devotos empleos ocupados, y los Indios mas pacificos, aprehendiendo lo mas util, y necesario para el negocio principal de sus almas, llegó à turbar tan sabrosa tran-

quilidad la mayor tormenta, que se ha experimentado en estas tierras incultas, y el mas inopinado alboroto, que pudo excitar la sangrienta rabia del infernal Dragon, envidioso de tan provechosos progresos.

El caso fue, que salió de los contornos del Nuevo Mexico un Indio, ó por mejor decir un Demonio en traje de barbaro, y caminando para la Ciudad de Durango, hacia en todos los Pueblos, y Rancherías de los Indios Tepeguanes, adonde llegaba, una oracion tan bien razonada en su idioma, y tan eficaz, para conmovir los animos sofegados de los Indios, que en acabandola de oír, al punto se enardecian en colera contra los Españoles, detestando la ley, que professaban, y el modo de vivir, en que los tenian. Deciales, que acabassen, y consumiesen à los Españoles, usurpadores de sus tierras, y tyranos de sus libertades: y como la libertad es de los hombres tan estimada, abrazaban con todo amor, el quedar sin ley, como avian vivido antes en su gentilismo. Proponiales el Indio muchísimas congruencias, y razones aparentes, para exterminar todos

todos los Christianos de sus países, acordabales la ninguna opression, en que se avian criado sus mayores, el apremio, que se les hacia, para que acudiesen à la Missa, y otros exercicios en que los ponian los Ministros: representabales, que, en radicandose los Españoles en sus tierras, se avian de señorear de todo, y avian de hacer esclavos à sus hijos, y que les avian de hacer trabajar en labrar sus mismos campos, aprovechandose ellos de los frutos, y los Indios muriendo en el continuo trabajo: advertiales, que aquellas tierras eran suyas, y que los despojaban tyranamente de gozarlas: proponiales, que los Españoles les avian de hacer reventar en labrar minas de plata: y finalmente les dixo, que la ley, que les enseñaban, era falsedad, y quimera, que el oír Missa era inutil, y que de ningún provecho les servian los ritos, y Christianas ceremonias. Tan fuertemente les proponia estas, y otras aparentes razones, que, convencidos de ellas, comenzaron à dar culto, y adoracion al que juzgaban, que los venia à redimir, y el maldito les aseguró, que era el hijo de Dios,

y como à tal le adoraran, y no le sabian otro nombre. Corrió multitud de leguas, sembrando en multitud de Pueblos Tepeguanes esta zizaña, por cuyo arbitrio comenzó toda la nacion à convocarse, para tomar las armas contra los Christianos con animo de no dexar alguno con vida.

No pudo executarse tan presto el barbaro desseo de los Indios, por averlos cogido desapercibidos la violenta venida del Demonio en traje de barbaro, y assi, mientras se prevenian, disimulaban cautelosamente la depravada intencion, que les assistia, y se reconoce, que fue el Demonio en forma de Indio, porque, aviendo cogido muchos barbaros en la sublevacion, y guerra, todos confessaron contestes las apariciones, que hacia, y los engaños, que fabricaba: y en el modo, y las circunstancias se hecho de ver, aver sido el infernal Dagron, el que les hacia el parlamento, y ilícitaba à tan tyranas resoluciones. Por dar mas calor el enemigo astuto à la zizaña, que avia sembrado en aquellos barbaros corazones, se apareció un día en un concurso grande, que

se avia juntado, no como Indio, sino con aspecto de hombre blanco, y revestido de fingidos resplandores, les comenzó à exortar en su mesmo idioma, se resolviesse à sacudir de sí la servidumbre de los Españoles, y que no dexassen el menor vestigio de sus ceremonias en sus tierras

Dixoles, que el primero, que avia venido à aconsejarlos, se libertassen de tanta tyrania, era el hijo de Dios, y que, por no averle obedecido con pronta execucion, venia él, que era el Espiritu Sto. y que no acostumbra sufrir los desacatos de desobediencia, como el hijo avia tolerado, y que, si tardaban en obedecerle, haria, que los tragasse la tierra, y pagarian su contumacia, y para que conociesse, que tenia potestad, para hacer estos, y mayores castigos, les pondria à los ojos un exemplar, que executaria con todos, si no trataban de enmendarse, y dicho esto el infernal enemigo fingio à los ojos de los Indios, que à su precepto se abria en la tierra una disforme boca, y que se tragò dos personas con horror de los circunstantes, que, aterrados de

tan poderoso engaño, se prostraron en tierra, dandole repetidas adoraciones, y prometiendo obedecerle con toda prontitud sin faltar un punto de sus mandatos: todo esto se supo de los Indios Tepehuanes, que nuestros Españoles aprisionaron, y con tormentos, que les dieron, confessaron todos confesiones en sitios diferentes sin variacion de la substancia del caso. O mi Dios, y quan investigables son vuestros soberanos juicios, pues permites, q̄ à unos rudos Indios, recientes en el Christianismo, cō tan poderosos engaños los alucine el Demonio! Efectos son sin duda estas permisiones Divinas de las horribles culpas, con que tendrian ofendida à la Magestad Soberana los de esta nacion barbara, y bruta. No se descuide el Christiano en irritar la piedad Divina, precipitandose incauto en el abysmo de la culpa, que en pena de su obstinacion, y dureza puede permitir Dios caiga en tantas miserias, que lo captiven sin remedio en las infernales llamas.

No contento el Demonio con lo hecho, les hizo muchas promessas, que jamas acostumbra,

bra, ni puede cumplir: predixoles los felices sucessos, que en la guerra avian de tener, y que quedarian señores absolutos de la tierra, aprovechados de los ganados, que en ella avian introducido los Españoles, y en señados à cultivar la tierra, y al beneficio de la plata vivirian con grandissimas conveniencias. Aseguròles prospero suceso en la expulsio de la Christianidad, y pintòles una vida alegre, libre, feliz, y llena de las comodidades, que apetecian: advirtioles, que quedaria el País mejorado con las semillas estrangeras, que avian de quedar en su poder; y en fin se valia el cauteloso Dragon de quantas aparentes razones sabia, que eran à medida de sus deseos: y para que peleassen sin temor, les diò palabra, de que, concludida la guerra, volveria à resucitar à quantos en ella muriesse, y que resucitarian en edad de robustos mancebos con perfecta salud, y muchas fuerzas, aunque muriesse muy ancianos; y como los incautos Indios avian visto la aparente rotura de la tierra, y aquella diabolica ficcion de tragarse dos Indios vivos, dieron credi-

to total à su mentido Dios, juzgando, que no podia faltar à sus ponderadas promessas, y assi le dieron muchas gracias por los beneficios, que imaginaban les hacia. Ratificaron el obedienciamiento, que le avian prometido, y le suplicaron rendidamente, se dignasse de favorecerlos en el conflicto de la guerra, que esperaban, y que tendrian singular consuelo de verle, y moririan muy gustosos à su vista, pues avian de resucitar con tantas inmunidades, como les avia concedido: otorgòles quanto le pidieron, y les dixo, que luego comenzassen à abraçar Pueblos, y à quitar las vidas, à quantos Christianos pudiesse, dandoles en esto por la fuya, porque en ellos es muy natural la propension de derramar humana sangre, como enseñò San Gregorio.

Con estas instigaciones del enemigo comun, y la aversion natural, que esta gente tiene à los Españoles, se encendió en los barbaros corazones un deseo de verter christiana sangre, y una ansia, y rabiosa sed del exterminio de la Christianidad en sus países. Comenzò toda la nacion à fabricar flechas,

y macanas, à disponer arcos, y aun à valerse de las armas; de que usa la Española gente; y assi en todos los Pueblos avia oficinas de todos estos instrumentos, siendo cada Indio un deposito de la saña, y escondiendo en sus entrañas la vibora ardiente del rencor contra los Christianos, pudiendo de cada uno de ellos decirse, lo que en semejante borralca de guerras dixo de los Escyths Ovidio. Ocupabanse tambien las mugeres en componer, y aderezar las armas para sus maridos, fingiendose ya en sus rusticas ideas un absoluto, y libre señorío de toda la tierra con la esperanza, que el Demonio les avia dado, y asegurandose una descansada vida en confianza de sus promesas. Con estos pensamientos diabolicos de los Indios la tranquilidad, en que estaban, se convirtió en la mayor, y mas sangrienta tormenta, que en toda esta tierra se ha experimentado; quando se prometian los Religiosos mayores logros, se hallaron entre los inopinados fracasos, y defraudados de sus alegres esperanzas. Comenzaron los Ministros à reconocer la novedad, viendo à los Indios

muy omisos, y perezosos en los exercicios, que poco antes con promptitud abrazaban, de muy mala gana acudia ya à la Iglesia, faltando à Missa sin mas pretexto, que el no querer oirla, y en fin en nada obedecian à los Religiosos, porque, como tenian puestos sus corazones en la vida imaginaria, que esperaban ilusos, tenían fastidio à todas las christianas operaciones, y tedio à los Padres espirituales, que con tanto amor les assistian.

No dexò de poner en cuidado esta novedad à los devotos Padres, y aunque presumieron algunos estraños motivos, jamas llegaron à discurrir la atrocidad, que ocultaban en sus barbaros corazones, discurrían, que el motivo seria, ser esta gente naturalmente novelera, y que cada dia tienen, y mudan mas pareceres, que Protheo formas, segun fingieron los antiguos; y assi mas atribuian la novedad, que experimentaban, à la inconstancia de sus naturales perversos, que à la tyrania oculta de sus dañados corazones. Pero debian advertir, y aver reconocido en su genio barbaro, que los Indios son la gente mas traidora, y cautelosa,

sa, que tiene la humana naturaleza, y que no se ha descubierto nacion hasta ahora, que mejor represente el papel, de que se visten, pues, aunque su interior se abraçe en volcanes de furor, y rabia, finge con tal arte lo contrario, hasta conseguir su intento, que el mas diestro los tendra por rendidos, obsequiosos, y mansos: pudiendose aplicar à sus fingidas sumilliones, y rendimientos, y à la crueldad de sus genios lo que Christo à los hypocritas fariseos, que con piel de oveja eran crueles lobos.

Lo que mas lastimò à los piadosos Christianos en medio de tanta sangre, como se derramò en aquella cruda, y perseverante guerra, fue que no solamente à los Indios Tepeguanes alcanzò la sublevacion, sino que otros de diversas naciones, presumiendo gozar los privilegios, e inmunidades, que ellos se prometian, se alistaron por suyos, y se anumeraban por seguidores de su barbara, y cruel milicia, de los quales la mayor parte fue de la nacion Cora, que habita en las Serranias de Guazamota hasta Durango; y que esto hicieran los boza-

les, y rudos Indios, no admira, porque el engaño del Demonio tuvo tales circunstancias, que no lo superara aun otra gente menos ruda; pero lo peor fue, que Mulatos, Negros, y otras gentes de estas tierras se unieron à los Indios, presumiendo à rio revuelto tener muchas ganancias entre la confusion, y tumulto, y aun daban credito à sus adoraciones, y oraculos, y asenso à tantas mentiras, como el Demonio avia depositado en sus rusticos entendimientos, cò que aun los que se tenían, por mas domesticos, eran los mayores enemigos, refiriendo à los Indios las determinaciones de los españoles, el poco apercebimiento, que avia en las casafas, lo indefenso de los Conventos, y todo quanto podia conducir à darles animo, para la consecucion de sus sangrientos designios.

Tan de parte del Infeliz suceso se puso aquella fiera gente, que, aun los Indios pequeños de tierna edad, criados, y acariciados de los Religiosos, y que los tenían en sus celdas con especial amor, y cariño, se olvidaron del amor, que à los Ministros tenían, y se llegaban à sus

â sus parientes, negando ingratos los beneficios, y agasajos, que avian recibido, y deseando, que se acabassen de destruir los Conventos, y que les quitassen las vidas â los Religiosos, pudiendo mas la inclinacion aspera, y depravada naturaleza en esta gente, que la crianza, que tuvieron con los Religiosos, experimentandose en el discurso de la guerra ser los niños, los q̄ mayores oprobrios decian contra los Christianos, llamandolos embusteros, è incitando â los mayores, â que derramassen la Christiana Sangre.

CAPITULO XI.

Prosiguense las sangrientas hostilidades de los Indios, y se refiere, lo que se padeció en la Provincia.

PAdecio por este tiempo el Reyno de la Nueva Vizcaya con la sublevacion de sus Indios Tepeguanes la mayor infelicidad, que pudo sobrevenerle, pues del alzamiento se siguieron inconvenientes tan lastimosos, que nos han dexado hasta oy bastantissima ma-

teria de sentimiento. Lo primero fue, que se cortò el hilo, que avia cogido corriente en la obediencia, y christiandad de los Indios: se asolò, y despoblò la mayor parte de aquel Reyno, que por ser de excelente temperamento, de muchos rios, y fuentes, cantidad grande de ganados mayores, y menores, y cria de caballada, abundaba toda la tierra, y se hallaba abastecida de todos los humanos menesteres; y todo se perdiò con la sublevacion, asolandose las casas, destruyendose los sembrados, consumiendose los ganados; y por ultimo quedaron muchos Reales de Minas despoblados, perdiendose muchas cantidades de gruesas haciendas, sin que hasta el dia de oy aya podido coger el corriente, que tenia la buena administracion, y seguridad, con que los Ministros vivian; pues con este mal exemplo otras naciones belicosas, y barbaras han hecho, y hacen cada dia varias sublevaciones sin intermission alguna: de forma, que desde entonces hasta el dia de oy no se ha vivido un solo instante sin grandissimos rezelos en aquellos horrorosos Países, porque

la

la pequeña tregua, q̄ suelen dar, sirve de estar esperâdo mas cruda guerra, como casi en los mesmos sucessos se lamentaba Ovidio de los barbaros Escythas.

Comenzaron la sangrienta guerra los Indios Tepeguanes, cogiendo â los Españoles muy descuidados: hicieron en diversos Pueblos varios destrozos con grandissima mortandad de gente, y entre los primeros, que experimentaron crueldad tan atroz, y enorme, murieron cinco Apostolicos Varones de la Sagrada Compania de Jesus, que, viendo la traicion de los barbaros, y las abominaciones, con que ultrajaban las Imagenes Sagradas, con zelo intrepido, como hijos de quien es fuego de Dios muy encendido, con un Crucifixo en las manos se opusieron resueltos â sus sacrilegas ofensas, hasta que en la demanda perdieron felizmente la vida. Tambien murió un Religioso de N. P. Sto. Domingo, que aviendo llegado â buscar limosna â la Vizcaya, padeciò acerba, y rigorosa muerte â manos de los barbaros, y obstinados Indios: y lo que padecieron nuestros Religiosos dire, mediante Dios, quando

B B 2

trate de las muertes lastimosas de los Ministros â las sacrilegas manos de los impiostyranos: y aunque los Indios Caribes acostumbraban siempre salir â executar sus insultos, y traiciones, cogiendo siempre â los hombres descuidados, y nunca acometen â los Pueblos, ni Soldados, que conocen prevenidos, en esta infeliz ocasion tuvieron tanta avilantez, y descaro, fiados en la imaginaria resurreccion, que el Demonio les avia prometido, que llegaban â los Pueblos, aunque se huviesse fortificado, y desafiaban â los Soldados con palabras indignas, y injuriosas, y salian â campaña esquadrones formados, como pudieran los mas politicos guerreros, entrando cada dia nuevas esquadras de refresco, y dando continuamente armas falsas, para rendir â los Españoles, que eran poquissimos en comparacion del crecido numero de Indios, que por todas partes les acometian, y asaltaban, y tenian tan creido, el que avian de refucitar, que se entraban por las puntas de las espadas españolas, y de sus lanzas, y aun con resolucion barbara se llegaban â las bocas de las escopetas, porque

que

que no se mal lograsen sus tiros, y los asegurassen con la cercania, en confianza de que no era perder la vida, sino esperarla mejor, y mas dichosa, como el Demonio les avia prometido, quando se les fingió Espiritu Santo.

Y para que mas se confirmassen en este descaminado pensamiento, hizo el Demonio, que los Indios, que morian á manos de nuestros Soldados, fuesen vistos despues de los demas compañeros, como que andaban peleando, fingiendo estas apariencias el Demonio, para mas precipitarlos, que quando los hombres sin temor de Dios cometen todo genero de maldades, entonces permite Dios á las infernales esquadras potestad, para usar de sus astucias para nuestra eterna desdicha; y como los espiritus infernales son tan interesados en obstar á los incautos pecadores, como enseña el Ecclesiastico: (ECCLESIAST. 34.) y por otra parte Dios se lo permitia, no se descuidaban en enganar á los Indios con semejantes embelecicos: todo lo referido fue tan cierto, que confirió Juridicamente de la decla-

cion conteste de muchos Indios, que cogieron, y para ajusticiarlos solemnemente, se les recibió en toda forma su dicho.

El número, que murió de los Christianos en esta sublevacion inopinada, fue grande, y sus muertes se executaron con lastimosas circunstancias: unos morian atravesados de innumerables Saetas, otros á fuerza de los golpes de las macanas, y muchos eran quemados vivos dentro de sus mismas casafas, porque, á los que se recogian en ellas, huyendo de la crueldad de los Indios, les pegaban fuego por las ventanas, y azoteas, guardado otros las puertas, y así los que escapaban del incendio, caian en las puntas de sus penetrantes flechas, y es costumbre de todos estos barbaros, que, á quantos llegan á coger, hacen sus cuerpos pedazos, y sacan- doles el corazon, si pueden antes, que muera, por los pechos, enredan sus entrañas entre espinosas zarzas, con que dexaban en los caminos, y los Pueblos, donde cometian estas maldades, los corazones, entrañas, y demas trozos de humanos cuerpos, para aterrar los Soldados, que los seguian, con in-

inhumanidad tan execrable, sin que de su barbaro furor se viesen libres ni la edad, ni el sexo, antes á las mugeres, que les parecian bien, despues de aver executado sus deshechos torpes en ellas, les quitaban las vidas, y á los niños, cogiendolos de los pies, contra las piedras les hacian pedazos las cabezas con endemoniada ferocidad, é infernal furia: el número de las muertes, que en diversas partes executaron, fue muy crecido, aunque no se pudo saber determinadamente los que perecieron en tan sangrienta guerra.

Los sacrilegios, é insultos, que, fuera de los homicidios, cometio aquella barbara turba, no se pueden decir sin horror, ni se podran leer sin igual lastima; pues, fuera de aver abrasado los Templos, derribaban de los Altares las Imagenes de los Santos, y las quebraban, pisaban, y herian con rabia de Demonio, que, como este infernal enemigo estaba temeroso, de que no se le acabasse la hora de su potestad, no soltaba las manos de la labor, incitando á los Indios con sus astucias para estas sacrilegas mal-

dades; y por quantos caminos cupieron en la permission Divina.

Junto se gran multitud de barbaros en un Pueblo, que llaman Santiago Papasquiáro, donde asistian dos devotos, y Venerables Padres de la Compania de Jesus, para asolarle; retiraronse á la Iglesia cantidad de gente Española con otras familias, y aviendolos cercado, y puesto fuego á la Iglesia, conociendo los referidos Padres, que avian de perecer todos en las voraces llamas del incendio, sacaron al Santissimo Sacramento, juzgando, que les huviesse quedado algun rastro de Christianidad á los barbaros, ó alguna veneracion al Señor Sacramentado, y estando con el Venerando Sacramento en las manos uno de los Religiosos, le crubieron de crueles flechas, y derramando en tierra las Sagradas Formas, comenzaron á pisarlas aquellos pies obscenos, y sacrilegos, haciendo barbara irrision del Señor, que estaba debaxo de aquellas especies oculto, permitiendo Dios este ultrage para nuestra confusion por nuestras execrandas culpas.

No parò aqui la furia diabolica de esta gente, pues ademas de las heridas, que dieron à las Imagenes Sagradas de Christo crucificado, y su Santissima Madre en el Mezquital, ò Atotonilco, que està inmediate, y queda ya referido, azotaron à una Imagen de MARIA Santissima con abominables ceremonias, y poniendo en sus andas à una India de su nacion, la sacaban en procession, para irrision del Christianismo, y sus ceremonias; convirtiendo los Ornamentos sagrados en indecentes usos, hasta llegar à engalanar con ellos sus caballos, sirviendose de los Calices sagrados, como otro Balthasar, para sus embriaguezes inmundas. Otras cosas, que hallo escritas de esta sublevacion, callo de proposito, por indignas, de que tamaños errores lleguen à los piadosos oídos de los Catholicos, que ay cosas, que se suelen executar, pero no se pueden decir, como notò Seneca. (SENECA EPIST. 10.)

Executadas semejantes atrocidades por los Indios, y viendo, que cada dia se desbo-
caban à mayores insultos, reconociendo los de la Ciudad de

Durango, que el Gobernador, que andaba en campaña, no tenia gente suficiente, para atajar tantos horrores, alistaron gente que, agregada à otros amigos de los contornos, y à la que el Gobernador traia en campaña, formaron un esquadron, que passaba de seiscientos hombres diestros, y valerosos, y à su costa, y con ocho mil pesos, que sacaron de la Caja Real, se pusieron todos armados en campaña con animo determinado de no volver à sus casas, sin destruir, ò sugetar à la razon al enemigo: salieron en su busca, y como llevaban por norte el zelo de la Religion, acometian intrépidos à los barbaros, haciendo tal mortandad en ellos, que corria la sangre por los campos, los que quedaban siempre por nuestros. Vieronse los barbaros afligidos, pero, como el Demonio se les aparecia, y los esforzaba con la seguridad de la victoria, y con la fingida resurreccion, que les avia prometido, y les manifestaba aparète en muchos, q̄ avian muerto, se resolvieron los Indios à juntar todas sus fuerzas, y dar à los nuestros campal batalla, assegurados del infernal enemigo de la victoria.

Sa-

Salieron como veinte, y cinco mil Indios esquadronados al campo, y llanuras de Cararia, como nueve leguas de Durango, con tal corage, y denuedo, como revestidos del Demonio. Vieron los pocos nuestros à los innumerables barbaros, y conociendo, en el orgullo, con que venian, su intencion diabolica, les hizo el Gobernador una breve, y eficaz platica. Pusoles à la vista la inocente sangre derramada de tantos, Ministros Sacerdotes, y de los Españoles, para que irritados como generosos Elefantes, entraran à la batalla mas sañudos, dixoles, q̄ siendo Christianos, y Catholicos, en sus manos ponía el desagravio de los ultrages, que aquellos barbaros avian cometido contra Christo, y su Santissima Madre, haciendo irrision de sus Imagenes: que considerassen atentamente, que eran Fieles Catholicos, y Christianos piadosos, que miraran en la empresa, que tenían à la vista al Nombre de Dios, y su honra, y que advirtiesen, que aquel afligido Reyno, y su Iglesia se acogian al sagrado de su zelo, y se amparaban de su valor, y esfuerz o:

que su Patria, mugeres, hijos, haciendas, y vida pendia de esta batalla, y que, llevando tantos motivos, para pelear con ofensadia, el principal era la justicia, y exaltacion de la Fè Catholica. Hizo señal el General, porque ya se acercaba el enemigo, y acometieron los nuestros à los barbaros con tal denuedo, que abria cada uno de los nuestros brecha por el centro de los Indios à los filos de su espada: no desanimaban los barbaros à vista de tantos muertos, antes cerrando los puestos de los que caian difuntos, se estrechaban ferozmente con los nuestros, de que se les seguia ser su conflicto mas sangriento, porque dos veces ciegos, una con los humos de su rabia, y de la multitud, que peleaban; y otra con la resurreccion, que esperaban, se abanzaban à las puntas de las lanzas, y à las bocas de nuestras escopetas, y los nuestros los recibian con sus puntas, sin ser, necessario segundar el golpe, para quitarles la vida. De esta fuerte pelearon mas de cinco horas, y murieron mas de quince mil de los barbaros; fue muy corto el numero de los nuestros: retiraronse fugitivos los

los pocos indios, que quedaron, à la inmediata Sierra, y viéndose perseguidos de los nuestros, que les seguian los alcançes, y que por todas partes los mataban, conociendo, que la nacion casi se avia atoiado, y que de tantos como avian muerto en la guerra, ninguno resucitaba, como el Demonio les avia dicho, conociendo el manifesto engaño, les començò à pesar de su disparatada resolución tan en perjuicio de sus vidas, pues por cada Christiano, que avian muerto, mataron los Españoles quarenta Indios. Con este conocimiento pidieron la paz, y despues de aver castigado à los mas culpados, se formaron nuevos Pueblos, aunque muy disminuidos, y desde este dia se han ido por la Divina permission contumiendo los de esta nacion poco à poco, y en estos tiempos se van quedando con muy pocos Indios los Pueblos.

Durò esta sublevacion poco mas de un año, y no fuera tan malo, como con ella se huvieran acabado los alzamientos de los Indios de la Provincia, pero permitió Dios, que el año de mil, seiscientos, no-

venta, y cinco se alzassen los TARUMARES, la nacion mas dilatada, y belicosa del Reyno de la Vizcaya, con las mesmas circunstancias de insultos, muertes, incendios, de Templos, y ultrajes de Sagradas Imagenes, que los Tepeguanes. Aviendo prevenido esta fatal desdicha una Imagen de MARIA Santissima de Guadalupe pequeña, que estava, y està en nuestro Convento de S. Francisco de Conchos, con tres dias de muy copioso, y continuado sudor à vista de los Religiosos, y del General Retana, y los Soldados de su Presidio, que admirados del Suceso, no sabian, à que atribuirlo, hasta que al quarto dia vieron alzados, y de guerra à los Indios Tarumares. Durò esta guerra como dos años, en que murieron muchos Españoles; pero el valor de los Generales Retana, y Alday Vizcainos ambos, los affligio de fuerte, que los puso en puntos de su ultimo, y total exterminio, pues entre varias batallas, en que les mataron muchos, les dieron una en una Sierra contigua al Pueblo de San Luis, visita de nuestra Mission de Bachiniva, que me han

assegurado muchos testigos de vista, que ay tanta offamenta de los Indios, que murieron, q causa admiraciõ la muchedumbre.

Quedaron los Tarumares destruidos con esta batalla, y pidieron la paz, que se les concediò, ya asolados los mas de ellos. Por los años de mil, setecientos, y tres se alzaron tambien los Indios de la Sierra de Colotlan, y despues de aver muerto à su Capitan, y querer executar lo mesmo con su Cura, à fuerza de armas los baxaron de la Sierra, despues de aver saqueado, y robado las estancias, labores, y baquerias. El mesmo año con poca diferencia se alzaron los Indios de Millillas, despues de aver muerto à su Cura, y al Guardian de su Convento, como queda dicho. Serenada por los referidos medios la nacion Tepeguana despues del gran quebranto de las personas, y vidas de los Religiosos, se levantò otra tormenta, para nuestra Provincia muy peligrosa, en que peligraban nuestras famas, tormento el mas sensible en la estimacion de los hombres, que motivò à la Provincia à solicitar la defensa, pues la virtud debe defen-

dersè del deshonor, que se le imputa, como con elegancia dixò la erudicion: VIRTUS AMAT INCLYTA FAMAM; que para ser hombres virtuosos, no es necesario, como juzgan algunos caprichosos, vivir descreditados, y abatidos, que no es lo mesmo ser humilde, que humillado.

Hizo por este tiempo el Ilustrissimo Señor Evia, Obispo de la Vizcaya, dictamen ajustado à su conciencia (que no puedo discurrir otro motivo en una dignidad tan paterna) de despojarnos violentamente de doce Doctrinas de la Vizcaya, para darlas à los Sres. Clerigos, dexandonos aquellos muy inutiles, y desacomodados parages, en que jamas hubo esperanza de poner Ministro Clerigo por la aridez de sus países, y peligro de la vida, que tienen los Religiosos en ellos, y aun de los doce, que à su Ilustrissima parecieron buenos, los dos se quedaron sin Ministros, porque lo mesmo fue poner en ellos à los Clerigos, no acostumbrados à vivir en semejantes pensiones, que ausentarse fugitivos de todo el Obispado. Con este trabajo se negaron à los Religiosos las limosnas, que su Ma-